

EXILIO Y MIGRACIÓN IDENTITARIA EN *EL COMÚN OLVIDO*, DE SYLVIA MOLLOY

Mónica ZAPATA
UNIVERSITÉ DE TOURS - ICD

El común olvido retraza la historia de un personaje masculino, Daniel, nacido en Argentina e instalado en Nueva York desde los doce años, tras el divorcio y exilio voluntario de su madre. El texto está escrito en primera persona y la voz narradora cuenta las aventuras y desventuras de este extranjero en su país natal, a donde ha ido a cumplir con los últimos deseos de su madre, muerta en Estados Unidos: arrojar las cenizas al Río de la Plata. Pero todo será más complicado de lo previsto, primeramente, porque de pronto Daniel comienza a indagar en el pasado y va prolongando su estancia de manera casi inexplicable para él mismo y, sobre todo, para su compañero, Simón, que lo espera de regreso en Nueva York, antes de las fiestas de fin de año. Es el mes de noviembre y la primavera explota en el hemisferio sur. Daniel apenas reconoce los lugares pero dispone de algunas pistas que lo llevarán a realizar un verdadero trabajo de detective: un billete de un peso, con la fecha del 15 de mayo de 1938 y dos nombres, Lloyd George y Hotel City. Desde que encontró ese billete entre los papeles dejados por su madre, Daniel para siempre en el mismo hotel, aunque nunca ha sabido el significado de “Lloyd George”.

Veremos entonces cómo este verdadero migrante que es Daniel indaga en las vidas de sus padres para descubrir amores insospechados, amistades “peligrosas”, gustos y manías. Veremos también su propia búsqueda identitaria, sus dudas y tribulaciones.

Pero antes, dos palabras acerca de la autora: profesora la universidad de Nueva York, Sylvia Molloy se doctoró en la Sorbona, es crítica y autora de ficción, especialista de literatura comparada, estudios culturales, teoría feminista, estudios *queer* y autobiografía. Cuenta entre sus textos críticos *Escritos autobiográficos en América latina* (1991) e *Hispanismos y homosexualidades* (1998) (ambos en inglés) y, entre sus textos de ficción, *En breve cárcel* (1981), *El común olvido* (2002) y *Varia imaginación* (2003). Estos datos, aunque puedan parecer anecdóticos, no son gratuitos porque, como lo vamos a ver con *El común olvido*, la historia bien pudiera tratarse de una autobiografía disimulada y trasladada, en una verdadera “migración inicial”, de un sexo a otro o, más bien, de la homosexualidad femenina a una relación *gay*. En materia de intertextualidad, además, el libro entra en juego no sólo con la obra proustiana, ya que al final nos enteramos de que, como lo dice Charlus en *Sodoma y Gomorra*, las proporciones de “ceux qui en sont” son más sorprendentes de lo que se pudiera sospechar, sino también con la pieza teatral de Edouard Bourdet, *La prisonnière* (1926), obra fetiche de la madre del protagonista y gran éxito en el París de entre guerras, que trata del lesbianismo como una “fatalidad”.

El exilio de la madre

La madre de Daniel era una artista plástica que decidió quedarse en Estados Unidos tras haber sido acogida como residente en una universidad cuyo nombre no se menciona:

Recuerdo que cuando llegamos, mi madre opinó que, pese a las diferencias, no se sentía en lugar extraño. Había algo en la arquitectura, decía [...] como si ese desorden arquitectónico fuera marca de lo americano. Fíjate, me decía entusiasmada, esto no podría ser nunca

Europa y sí una calle de Belgrano R [...]. Yo no veía lo que ella veía; a los doce años, ya analizaba demasiado (MOLLOY, 2002: 22).

El padre era inglés, por lo cual en la casa de Buenos Aires se hablaba inglés y Daniel había sido educado en colegios ingleses, “ese inglés en principio británico pero con una entonación aberrante” hace que, en Estados Unidos le pregunten a la madre “Are you from India?” (MOLLOY, 2002: 22). Y así es como la realidad se les impone a ambos:

Éramos y no éramos Hispanic. Éramos y no éramos latinoamericanos. No nos considerábamos – es decir, por el momento: la revelación vendría más tarde – ni exiliados ni apátridas ni, sobre todo, inmigrantes. Éramos cosmopolitas, que era una manera de decir que éramos gente bien, manejábamos varios códigos, y estábamos de paso: a mi madre le habían ofrecido este trabajo sólo por dos años. En esta ciudad, éramos sobre todo exóticos (MOLLOY, 2002: 22-23)

El lector del relato, entre tanto, comienza también a caer en la cuenta de su propia realidad: para seguir el hilo de la narración va a tener que someterse a un ejercicio constante de traducción del inglés y a veces del francés al castellano. En efecto, como lo veremos más adelante, la migración comprende el cambio de lengua que a su vez adquiere varias modalidades, del “switching” irónico que practican Daniel y su compañero Simón que es venezolano, a un bilingüismo natural o, como lo expresa Daniel a propósito del primo de su padre, otro angloporteño que conoce en Buenos Aires, una lengua, “sin suturas, sin énfasis o efecto de estilo, sin aparente razón” (MOLLOY, 2002: 162).

Siguiendo con el personaje de la madre, digamos también que su entusiasmo y su don de gentes la llevan a ambientarse rápidamente “dentro de la intelligentsia local” donde es cortejada y se puede entregar a vivir “una rebeldía que la Argentina le había hecho primero temer, y luego olvidar”. Es la década de los sesenta y, entre los amigos se destaca Michael a quien le tocará vivir su “momento heroico un año más tarde, en Stonewall” (MOLLOY, 2002: 23). Michael es precisamente el único de los amigos de su madre con quien Daniel no se siente incómodo (luego comprenderá por qué, como él mismo lo confiesa). Sin embargo, para el adolescente las cosas no son tan fáciles como para su madre:

Yo los escuchaba, los miraba con envidia, posiblemente con rabia. Mi madre había encontrado un amigo, yo no. Mi madre se había ambientado mientras que yo, trasplantado y ansioso, me seguía preguntando por qué nos habíamos ido de la Argentina. Todavía me lo pregunto, con poca esperanza de encontrar una respuesta (MOLLOY, 2002: 24).

La búsqueda de esa respuesta es así uno de los motivos que llevan a Daniel a emprender una “vuelta a las raíces” a los cuarenta años pasados (según podemos calcular) y a entrevistar, literalmente, a las pocas personas que conoce sólo de nombre o través de los papeles dejados por su madre, en la ciudad de Buenos Aires: Beatriz, su única prima y su madre Ana, la única hermana viva de su madre; Samuel, un amigo homosexual de su madre, Eduardo García Vélez, abogado y conocido del padre, Cirilo Dowling, primo segundo del padre, angloporteño también, pero de origen inglés y no irlandés como él, su hijo Peter, en cuya mirada Daniel cree descubrir cierta complicidad de “entendidos” y, por último, Charlotte, personaje misterioso por el que descubre, no sin cierta – y curiosa – repulsión, que también su madre había vivido una pasión homosexual:

Invadido de pronto por un pudor ajeno, no quería oír revelaciones sobre su sexualidad que me obligaran a revisar mi imagen de ella, ni que modificaran de modo alguno la compleja relación que ella y yo habíamos tenido. Sobre todo: no quería oír revelaciones sobre la sexualidad de mi madre que me obligaran a pensar en la mía (MOLLOY, 2002: 334)

Y entonces encuentra quizás, cuando ya ha decidido volver a Nueva York, la razón profunda del exilio de su madre:

Y entonces me cuenta [Charlotte] [...] cómo mi padre se vengó de ellas, dice, cómo no podía soportar que su mujer se hubiera enamorado de otra mujer, cómo, decía Charlotte que le decía mi madre, lo había vivido como una intolerable pérdida de control que parecía poner en tela de juicio su identidad misma (MOLLOY, 2002: 343).

El padre, efectivamente, había mandado a un esbirro que había atacado a Charlotte, insultándola y golpeándola hasta quebrarle la mandíbula. Eso había bastado, según Charlotte, para que ambas mujeres hicieran planes para dejar la Argentina e ir a vivir juntas a Europa. “Pero algo falló – prosigue Charlotte – o tu madre se arrepintió. Al año se fue sola a Estados Unidos, llevándote [...]. Se escapó, sin despedirse”. Y si Charlotte no trató de reunirse con Julia – ése es el nombre de la madre del protagonista – fue porque la “relación estaba ya muy dañada” y además porque “por ese entonces [conoció] a Beatriz” (MOLLOY, 2002: 344). Charlotte confirma así lo que Daniel sospechaba desde que descubrió que la ex amante de su madre vivía con su prima Beatriz. Lo que ignoraba, sin embargo, era que también su padre había despertado pasiones homosexuales:

¿vos sabías, le digo a Samuel, que Juan García Vélez estaba enamorado de mi padre? Como media humanidad m'hijo. Tu padre era muy lindo aunque demasiado inglés para mi gusto. [...] Pero no creo que haya habido nada entre ellos [...] tu padre era un ferviente heterosexual, aunque dicen que esos son los peores ¿no? Prefiero no seguir esta conversación (MOLLOY, 2002: 352).

La migración del hijo

Desde su llegada a Buenos Aires, el protagonista flota en una suerte de incertidumbre identitaria que lo lleva, más allá de saber quiénes fueron sus padres, a buscar saber quién es él. Y no es que no haya antes regresado a la Argentina sino que este viaje, que le costará, en definitiva, la ruptura con su compañero Simón, significa quizás también una despedida del país en el que nunca realmente vivió.

La errancia de Daniel en Buenos Aires se realiza primero a nivel puramente espacial: desde el hotel City a un departamento que le presta su prima Beatriz y en donde “juega” a que vive en Buenos Aires:

Poco a poco me he desprendido de las cosas que todavía, en mi cuarto del City, me hacían pensar que estaba de paso, y que yo conservaba precisamente con ese fin. [...] Cuando al cabo de una semana, el vendedor de diarios de la esquina empieza a saludarme, me siento en casa (MOLLOY, 2002: 204-205).

Para luego pasar a la casa que comparten Charlotte y Beatriz, tras una estancia en el hospital porque lo ha atropellado un coche y tiene un brazo quebrado.

Desde su llegada, además, ha ido recorriendo barrios y calles, tomando diversos “colectivos”, tratando de identificar mentalmente los espacios conocidos por su madre y sin recordar siquiera la casa donde nació. En esas deambulaciones lo han asaltado y le han robado el viejo pasaporte argentino, objeto fetiche, que sólo llevaba consigo como para recordar y decirle a la gente que nació allí: “Mentiría si dijese que me siento norteamericano. Mentiría si dijese que me siento argentino. Y sin embargo viajo con dos pasaportes” (MOLLOY, 2002: 18); “No sé por qué sigo trayendo ese pasaporte como reliquia aunque viajo con el otro, quizá para probar una vieja identidad, quizá para que no me traten del todo como a un extraño”

(MOLLOY, 2002: 28). La pérdida del documento marca entonces un hito importante en el reconocimiento oficial, al menos, de su nacionalidad estadounidense:

[...] al principio llevaba los dos [pasaportes], el norteamericano vigente y el argentino caduco, por las dudas; pero a medida que se fue prolongando mi estadía empecé a salir sólo con el argentino [...]. Cuando pienso en ese gradual reemplazo me sorprende, es como si quedarse y viajar requirieran nacionalidades distintas (MOLLOY, 2002:151).

Y, como le dice Simón, al teléfono: “tú ya no eres oficialmente argentino, so forget ‘Argentino hasta la muerte’, te han hecho un favor robándote el pasaporte viejo, ahora eres sólo yanqui” (MOLLOY, 2002:153-154).

La errancia lo lleva a visitar regularmente a su tía Ana, perdida en la demencia senil, pero que se transforma para Daniel en el sustituto de la madre muerta, sobre todo y concretamente hasta su propia muerte inesperada. En efecto, la cajita que contenía las cenizas de la madre de Daniel se ha perdido: no sabiendo qué hacer con ella el hijo la había depositado en el panteón familiar de Beatriz. Pero, como no estaba oficialmente declarada en el registro del cementerio, en una limpieza de la bóveda, alguien la tiró a la basura. Beatriz le ofrece entonces las cenizas de su propia madre para que sea él quien las disperse.

La errancia de Daniel tiene también un carácter sexual ya que, desde su llegada a Buenos Aires, las llamadas telefónicas y la evocación constante de su relación con Simón no le han impedido tener ciertas aventuras. Un “muchacho insignificante” primero, que le deja su teléfono escrito en una cajita de fósforos que, como la cajita que contiene las cenizas de su madre, Daniel pierde muy pronto (MOLLOY, 2002: 29), un vendedor de pollos, después, con el que establecerá, esta vez, una curiosa complicidad, no ajena, por cierto, a su búsqueda identitaria:

Finalmente se ha producido la fantasía doméstica del hombrecito de los pollos. Estoy sentado [...] en el pequeño patio al que da el departamento de Floresta donde viven Cacho, su mujer y su hija. Es mediodía. Me han invitado a almorzar.

[...]

Tendría que sentirme incómodo con esta gente [...] pero, al contrario, lo estoy pasando mejor de lo que esperaba. Mucho mejor, al punto que pienso que es el encuentro más agradable que he tenido desde que estoy acá. Cacho y Estela no conocieron a mi madre, ni a mi padre, ni me conocieron a mí antes de que me fuera. [...] Cacho y Estela no tienen información que darme ni yo motivo alguno para pedírsela. Pienso en la frase de Simón: I am my own man (MOLLOY, 2002: 284-285).

Pero los vagabundeo más significativos, tanto al nivel de la construcción del personaje como de la narración misma, son, como consta en la cita precedente, los cambios constantes de lengua. El relato está escrito en español o, más bien, en argentino. Algunos términos, incluso, parecen, para el narrador, pasados de moda, como el “sabandija”, que profiere la recepcionista del hotel al ver el pasaporte de Daniel: “Habría odiado totalmente a la recepcionista, con su simpatía profesional y su complicidad falsa, si no hubiera usado esa palabra que no oía desde hacía años, probablemente desde la época de la foto” (MOLLOY, 2002: 28).

El caso es que el protagonista, no da verdaderamente la impresión de pensar en otra lengua, pero hace patente su hibridación lingüística reproduciendo las frases oídas en su infancia, en boca de su padre: “tengo que salir así que don’t wait for me”, “let’s go to the barrancas, che” (MOLLOY, 2002: 162) o en conversaciones con su madre. Recordando una subasta de Sotheby’s, por ejemplo, a propósito de unos chalecos que Daniel encontraba

escandalosamente caros, Julia había replicado “they match the rest of me, dearie” (MOLLOY, 2002: 83). Cuando conoce a Charlotte, sin embargo, Daniel se siente amenazado y, ante el temor de una “inminente agresión” por parte de esa mujer rara que le habla de su madre, recurre “mentalmente a la lejanía más eficaz, la de la otra lengua. Me estoy traduciendo, pienso” (MOLLOY, 2002: 231).

También los diálogos con Simón, por supuesto, están plagados de fragmentos de frases en inglés. Pero lo que parece más curioso es que los argentinos, Beatriz, Charlotte y los amigos de ambos lados de la familia mezclan también castellano, inglés y francés con toda soltura como si ese multilingüismo fuese parte de su modo de expresión habitual o bien tal vez porque consideran a Daniel como un extranjero y tratan de hablarle “en su propia lengua”. El caso más interesante es, sin duda, el de Cirilo Dowling, ya mencionado anteriormente, y que no deja de sorprender ni al propio Daniel:

Con sus referencias a restaurantes de Londres pasados de moda, a partidos de rugby que jugaron sus hijos y sus nietos [...] ha armado una lengua franca, un medio de comunicación con el que anuncia su cómplice pertenencia a un grupo. Pienso que como método de preservar una identidad es laborioso, por no decir patético [...]. Al mismo tiempo me divierten sus citas de la realidad local, también levemente desconcertantes, su declarada afición por el mate que acepto como sincera, sus comentarios sobre la guerra de las Malvinas que no de las Falklands [...]. Me maravilla ese pasar de una lengua a otra: you know how it is, che. Pero no, no sé exactamente cómo es, sólo sé que este bilingüismo es distinto del que practicamos Simón y yo, el nuestro es un switching más deliberado, sin duda más irónico, en una palabra, camp (MOLLOY, 2002: 161 y 162).

Pero también Samuel, el homosexual refinado y erudito, añade constantemente en la conversación fragmentos en inglés y francés y hasta Estela, la mujer de Cacho, el vendedor de pollos que seduce a Daniel, ha recibido una educación que le permite conversar con Daniel en correcto inglés. Y sin embargo, a solas, en Estados Unidos, madre e hijo han preferido siempre comunicarse corrientemente en castellano e incluso la madre, reacia a aceptar que extraña su lengua materna, reconoce un día:

[...] me pasa algo que te va a divertir, hay un montón de granjas por aquí que venden heno para los animales, y los carteles dicen hay [n.b. “heno” en inglés], y por más que esté acostumbrada, mi primer impulso es leer la palabra siempre en castellano, como si fuera verbo, y reaccionar pensando que falta algo, ¿qué es lo que hay? Tengo que hacer un verdadero esfuerzo para recordar que es heno (MOLLOY, 2002:165-166).

Conclusión

En definitiva, y para concluir citando a Simón, “la ventaja adicional del exilio [...] es que sales de un contexto sin entrar del todo en otro” (MOLLOY, 2002:163). Daniel creía que su viaje iba a ser mucho más simple, “una suerte de liquidación de cuentas viejas” y, en lugar de eso cayó en la cuenta – valga la redundancia – de que no estaba cerrando cuentas sino más bien “abriendo una nueva”, la suya (MOLLOY, 2002: 76). El viaje de clausura resultó un viaje iniciático en el que descubrió el pasado de sus padres, leyó el diario de su madre y hasta dilucidó el misterio del billete de un peso con el nombre Lloyd George: se trataba de un cóctel “para señoritas” que su madre había bebido (¿pero en compañía de quién?) en el bar del hotel City, en 1938. Tras las mudanzas, enfermedades y un accidente que le tocaron vivir, sin olvidar la pérdida de las cenizas de la madre, Daniel echa los papeles a la basura, no quiere hacer más preguntas a nadie, compra su billete de regreso a Nueva York. Samuel lo lleva al aeropuerto. Se ha enterado entre tanto de la muerte de su amigo David, víctima del sida y sabe que ha perdido a Simón, que se ha cansado de esperarlo. Piensa que, de haberse quedado en la

Argentina, hubiera quizás sido abogado u hombre de negocios pero no bibliotecario y traductor como es; se pregunta si “habría sido gay”. “A lo mejor” se dice, [se] habría casado, con una chica de buena familia, argentina o inglesa, y tendría [sus] cositas al margen”. Entiende, finalmente, la reflexión de Simón: “la libertad que da el exilio al descontextualizar” (MOLLOY, 2002:164).

BIBLIOGRAFÍA

MOLLOY, Sylvia (2002), *El común olvido*, Buenos Aires, Barcelona, Caracas, Guatemala, Lima, México, Panamá, Quito, San José, San Juan, San Salvador, Santiago, Grupo editorial Norma, 2002.

Pour citer cet article: Zapata, Mónica (2011), “Exilio y migración identitaria en *El común Olvido*, de Sylvia Molloy”, *Lectures du genre* n° 12 : Literatura y migración en América latina, p. 14-20.